

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica V despues de la Epifanía.

—
Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et superseminavit zizania in medio tritici, et abiit.

MATTH., XIII, 25.

Buena semilla derrama en las almas el divino labrador, por medio de Jesucristo y de sus ministros, mas acontece en este campo místico lo que refiere San Mateo acerca de un hombre que sembró buena semilla en su campo. Mientras dormían los hombres encargados de velar sobre la guarda del campo, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fué. Y despues que creció la yerba, y dió fruto, apareció tambien la cizaña. Y llegando los criados del padre de familia, le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tú campo? ¿pues de

dónde tiene cizaña? Y respondió el padre de familia: El hombre enemigo ha hecho esto. ¿Quieres que vayamos y la cojamos? dijeron los siervos. No, les respondió: no sea que cogiendo la cizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré á los segadores: Cojed primeramente la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recojedlo en mi granero.

Todos tenemos un campo que cultivar, campo privilegiado, que puede darnos el ciento por uno en frutos de vida eterna. Este campo es nuestra alma. Buena semilla ha sembrado el Señor en su campo, semilla de luces divinas y santas inspiraciones. Pues entonces ¿cómo se explica el crecimiento de tantos errores y vi-

cios, cizaña maldita que ahoga la semilla de la verdad y del bien? El hombre enemigo ha hecho todo lo que vemos y tocamos. Hay sembradores activos del pecado, propagandistas incansables de la corrupción y del vicio que se aprovechan de nuestra incuria, de nuestra indiferencia y abandono para pervertir y corromper. Mientras nosotros dormimos, ellos vigilan, se introducen en nuestro campo, y derraman en él semilla de perdición. Estad, pues, sobre aviso que nadie os seduzca.

Aprovechando las enseñanzas del presente evangelio, voy á encarecer la necesidad de cultivar con las virtudes cristianas el campo de nuestras almas, si aspiramos á cosechar los frutos de la vida eterna. —

El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo. Este reino es la Iglesia militante, reino celestial fundado por Jesucristo, sociedad instituida para que todos los hombres entren en ella y dentro de ella se salven, campo vastísimo y fecundísimo, comprado á gran precio, y cultivado con todo género de gracias para nuestra dicha temporal y eterna. Y sucede con este campo

lo que anunció Jesucristo, su soberano dueño, á saber; que es semejante al hombre que sembró buena semilla en su campo, y el enemigo sembró la zizaña para impedir la cosecha. ¿Quién no ha visto cumplido en sí mismo el sentido de la palabra evangélica?

El sol de la fé ilumina vuestras almas, la lluvia de gracia fecundiza la tierra de vuestros corazones; tenéis preceptos que os gobiernan, luces interiores que ilustran vuestra inteligencia, gracias divinas que fortifican vuestra voluntad, auxilios exteriores que os defienden, Sacramentos que os protegen, centinelas que os guardan, modelos que os excitan al bien, ejemplos edificantes que os estimulan á la práctica de la virtud, y toda suerte de gracias suficientes para cultivar con fruto el campo místico de nuestras almas.

Pues entonces ¿cómo ha crecido la zizaña? Por ventura ¿no es buena, limpia y granada la semilla arrojada en vuestro corazón? ¿Qué podía hacer el Señor que no haya hecho para vuestra salud eterna? ¿No debía esperar abundante cosecha de virtudes y buenas obras? ¿De dónde, pues, ha venido tanta zizaña? ¡Ah! responded vosotros mismos, y confesad que sois culpables de aban-

dono, culpables de negligencia, de tibieza y disipacion.

Estando dormidos, viene vuestro enemigo, arroja la zizaña en medio del trigo, y se va. Duermen los superiores que están encargados de vigilar, y dejan en libertad á los malos para sembrar la blasfemia, la irreligion, la impureza, doctrinas disolventes y máximas inmundas que hacen germinar todo género de vicios. Duermen los padres de familia que abandonan la educacion de sus hijos, que disimulan sus vicios, que no corrigen sus desórdenes, y plegue al Señor que no sean ellos el hombre enemigo, sembrador desalmado de la impiedad y de la inundicia en el hogar doméstico. Duermen el sueño de la ociosidad y de la pereza los que abandonan el campo de su alma á merced de los enemigos, abriendo su inteligencia á pensamientos culpables, y su corazón á deseos impuros, y sus sentidos á toda vanidad y sus manos á toda obra de pecado. ¡Desdichados! No piensan de corazón. Olvidan que hay un Dios celoso de su gloria y vengador de su justicia. Obran como insensatos sin ver ni acordarse siquiera que ha de llegar el día de la cuenta, y entonces cada uno recogerá lo que hubiere sembra-

do. Ahora es vuestro día, sembradores de la iniquidad. Dios permite que abuseis de sus dones, y tolera que vivais como la cizaña en medio del trigo. *Sinite utraque crescere usque ad messem.* Pero ya llegará el día solemne de la recoleccion y entonces dirá á sus ángeles, ministros de su justicia: *Colligite primum zizania.* Recoged primero la cizaña, y atadla en haces para ser devorada por el fuego. Y luego reunid el trigo para ponerlo en mis graneros. Dejad de ser cizaña, es decir, pecadores. ¿No sabeis que vuestro destino final es el fuego eterno? Haced penitencia, abandonad el vicio y el pecado, cultivad con diligencia el campo de vuestra alma, y siendo en esta vida trigo escogido, esto es, obradores activos de la virtud, y fecundos en buenas obras, alcanzareis la dicha de ser colocados en los graneros eternos de la gloria.

EL CREDO.

El Credo, simbolo de nuestra fé cristiana, fué formado por los Apóstoles despues de ascender al cielo N. S. Jesucristo y antes de que se separasen entre sí para predicar el Evangelio por todo el mundo.

Consuela ver como aquellos discípulos del Señor despues de afirmar las ver-

dades que habian oido á su Divino Maestro, fueron uno á uno sellando su fé con su propia sangre. ¿Qué prueba mas viva puede darse de una verdad que se predica, que derramar la sangre para sostenerla? ¿Qué firmeza no encerrarian los corazones de aquellos hombres que acababan de ver los milagros con que el Salvador probaba la divinidad de su doctrina?

San Pedro fué el primero que dió principio, diciendo: *Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Criador del Cielo y de la tierra.*

Despues continuó San Andrés: *Y en Jesucristo, su único hijo nuestro Señor.*

Santiago el Mayor añadió: *Que fue concebido por obra del Espiritu Santo y nació de Santa Maria Virgen.*

Y despues San Juan su hermano continuó diciendo: *Padeció debajo del poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado.*

Tocóte despues á Santo Tomás y dijo: *Descendió á los infernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos.*

Despues añadió Santiago el Menor: *Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios, Padre Todopoderoso.*

Enseguida dijo San Felipe: *Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.*

Creo en el Espiritu Santo, añadió San Bartolomé.

La Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, pronunció San Mateo.

El perdon de los pecados, dijo San Simon.

La resurreccion de la carne, dijo San Tadeo.

Y la vida perdurable, exclamó por último San Matías, cerrando el número de los catorce artículos de nuestra fé.

Hay que ver ahora cómo estos hombres alimentados por el Espiritu Sants supieron sostener la verdad contenida en las palabras del símbolo que habian formado.

San Pedro, cabeza de todos ellos, fué crucificado en Roma, á imitacion de su Divino Maestro, pero con la cabeza hácia bajo, á peticion suya, pues no se consideraba digno de morir en la misma forma que habia muerto Aquel.

San Andrés fué martirizado en Patras, azotado y fijado tambien en una cruz en la que permaneció vivo dos dias, durante los cuales, á pesar de sus horribles tormentos, no cesó de predicar el Evangelio.

Santiago el Mayor fué desollado vivo en Jerusalem.

San Juan fué introducido en una tina de aceite hirviendo de la que milagrosamente salió ileso, para ir desterrado á una isla, muriendo despues en Efeso.

Santo Tomás fué muerto á lanzadas en Calamina.

Santiago el Menor fué apedreado primero, arrojado despues desde una gran altura, y rematado despues, de un golpe de palo.

San Felipe fué azotado y muerto á pedradas.

San Bartolomé fué desollado y decapitado.

San Mateo fué muerto de un hachazo en Etiopia.

San Simon fué aserrado por medio en Pérsia.

San Tadeo fué decapitado en el mismo país.

Y por último, San Matias acabó, también en Persia, su vida, entregando la cabeza al verdugo, después de haber sido apedreado.

Así se ha levantado el edificio de nuestra fé. Con sangre de mártires y sacrificios de Santos.

Quiera Dios que esta sangre y estos sacrificios no sean estériles para nosotros, hijos del siglo de la duda, de la impiedad y de la indiferencia.

(De *La Lectura Popular*.)

HEROISMO.

Juan Meynard era conocido en todo el Canadá: se le conocía como marino inteligente y honrado, y como católico sincero y práctico. Entre estos dos títulos él prefería sin duda, el segundo al primero; pero los dos se allaban perfectamente en su persona: lo cual á la verdad, se comprende muy bien. Meynard era piloto de un vapor, perteneciente á una sociedad de armadores.

Una tarde de estío, el vapor navegaba en dirección á Buffalo (América del Norte.) En aquella época era muy raro que los vapores llevaran chalupas de salvamento.

Próximo ya el término del viaje, el capitán vé de pronto salir una densa humareda, por uno de los costados del buque; un poco más arriba de la línea de flotación. Alarmado, da orden á Simpson de ir á ver lo que ocurre en la bodega. Simpson va á cumplir sus órdenes, vuelve al instante pálido como la muer-

te, y dice al capitán: ¡El cargamento está ardiendo!

La voz aterradora ¡fuego! se oye por todas partes.

Marinos y pasajeros se ponen inmediatamente á trabajar para extinguir el incendio; pero sus esfuerzos son inútiles: el fuego se halla alimentado por una enorme cantidad de resina y alquitran, y no hay poder humano bastante á detener sus progresos.

—¿Qué distancia hay de aquí á Buffalo?

—Siete millas.

—¿Cuánto tiempo necesitamos para llegar?

—Tres cuartos de hora, conservando la misma velocidad.....

El capitán aconseja á los pasajeros se refugien en la proa del buque: los marineros y él los siguen. Juan Meynard es el único que queda en la popa, junto á la rueda del timón; las llamas que han invadido ya la cubierta lo rodean por todas partes. El capitán le grita con la boca.

—¡Juan Meynard!

—¡Mi capitán!

—¿Estais en el timón?

—Sí, mi capitán.

—¿Qué rumbo llevamos?

—Al sudeste.

—Gobernad siempre hácia el sudeste, y ganad la orilla.

Momentos después, el capitán pregunta de nuevo:

—¿Podeis resistir cinco minutos más?

—¡Sí, con la ayuda de Dios! contesta Juan Meynard.

Las llamas lo sofocan; sus cabellos y

sus vestidos arden; una desus manos está ya fuera de servicio: sin embargo resiste. De rodillas sobre las tablas inflamadas, y haciendo girar la rueda del timon con la mano válida y los dientes, el anciano piloto se mantiene en su sitio hasta el fin. El buque toca por último en la playa, y Juan Meynard cae muerto entre las llamas.

Se recuerda siempre y se ensalza, tal vez con exceso, el heroísmo de Cynégiro que retuvo, como es sabido, una embarcación persa con su mano derecha, después con la izquierda y en fin con los dientes, cuando hubo perdido sus dos brazos. Pero el heroísmo de Juan Meynard es en realidad muy superior al del soldado ateniense; porque este luchaba por su patria y se hallaba animado de un furor salvaje, mientras Juan Meynard sacrificaba su vida sencillamente y sin ostentación, en el cumplimiento de su deber, y para salvar á personas que le eran por completo desconocidas.

UNA ANÉCDOTA DE DUPUYTREN.

Dupuytren, el famoso cirujano suizo, era brusco y descortés hasta la exageración. Un día que, cansado y de mal humor, después de haber visitado numerosos enfermos, volvió á su casa, halló sentado en la antesala á un sacerdote anciano que le había estado aguardando largo tiempo.

—Y bien, ¿qué quiere V. de mí?—preguntó bruscamente Dupuytren

—Quisiera que V. examinara esto—contestó humildemente el sacerdote, quitándose al mismo tiempo una vieja cor-

bata de lana, con lo cual descubrió una horrible úlcera que tenía en la parte posterior del cuello.

Dupuytren la miró, y dijo con la mayor frialdad:

—V. tendrá que morir de eso.

—Gracias, doctor,—contestó tranquilamente el sacerdote, volviéndose á poner su corbata.—Agradezco á V. el haberme prevenido, pues así podré prepararme, y preparar á mis pobres feligreses que me quieren mucho,

El cirujano, á quien nada sorprendía, por extraordinario que fuese, miró con asombro á aquel sacerdote que recibía su sentencia de muerte con tanta calma, y le dijo:

—Vaya V. mañana á las ocho al hospital, y pregunte por mí.

El sacerdote se presentó puntualmente á la hora fijada. El cirujano le proporcionó un cuarto particular en el hospital, y al cabo de un mes quedó curado el anciano:

En el momento de salir del hospital, el sacerdote sacó del bolsillo una bolsa que contenía treinta francos en moneda suelta.

—Esto es todo lo que puedo ofrecer á V., doctor,—dijo.—Vine aquí á pié, desde R., para poder ahorrar esta cantidad.

El doctor miró el dinero, se sonrió, y sacando del bolsillo un puñado de oro lo puso en la bolsa junto con los treinta francos, diciendo:

—Para sus pobres, padre.

Y el sacerdote se fué.

Algunos años después, sintiendo el célebre doctor que se acercaba su fin, se

acordó del pobre sacerdote y le escribió. Este llegó precisamente á tiempo, y Dupnytren murió en sus brazos recibiendo de él los últimos consuelos, contento y feliz por la presencia de aquel hombre tan bueno.

PENSAMIENTOS.

Pensar en Dios para ser mejor: Hé aquí la verdadera filosofía.

—
La oracion no es una ciencia sino un sentimiento; no es un discurso sino un grito del corazon, una aspiracion del alma.

—
El proximo á quien debemos amar no siempre es amable, pero Dios por quien hemos de amarle es siempre digno de nuestro amor.

—
No hacer bien es ya un gran mal.
(S. Francisco de Sales).

—
La felicidad es como la flor de las praderas, cuando ha adquirido toda su belleza es cuando cae bajo la hoz de la Providencia.

—
Nunca es el hombre mas libre que cuando sujeta sus pasiones á la razon y la razon á la justicia.

====
PURA.

—
HISTORIA VERDADERA.

I.

Pura era una jóven de diez y siete años, cuya alma merecia el nombre que en la pila habia recibido.

Su madre, devotísima de la Concepcion sin mancha de la Madre de Dios, habia querido que su hija tuviese desde

la cuna por especial patrona y protectora en los cielos á la fuente de toda pureza.

Cádiz la habia visto nacer. Cádiz, la religiosa ciudad que á nadie cede en cariño y devocion á María Santísima.

Huérfana de padre, la niña Pura desde la edad de cinco años, hija única, habia quedado encargada por el cielo para consolar con sus infantiles caricias á su desgraciada y anciana madre.

No pertenecia Pura á la elevada clase de la sociedad: nacida en la medianía, le habia dejado su padre al morir lo suficiente para que nunca le faltase el sustento y vestido, por lo que vivian frugalmente, llenas de aquella verdadera y dulce alegría y aquel bendito consuelo que, en medio de su medianía, gozan muchas familias, sin echar de menos los placeres de la opulencia.

Su buena madre habíale enseñado el santo temor de Dios, y la niña tenia tan buena índole y tan bien aprendia las buenas lecciones que aquella le daba, que, á medida que iba creciendo, mas se regocijaba la madre al ver la inocencia y pureza de su hija, la encantadora gracia de Pura, su afabilidad y sencillez.

Todo parecia sonreír á aquella buena y cristiana familia: las mismas lágrimas que algunas veces derramaban al recuerdo del padre de Pura, eran dulcificadas por el consuelo cristiano, que nos dice que mas allá de esta corta vida empieza otra que nunca acaba, donde han de unirse para siempre los que en la tierra lo estuvieron.

Pero llegó un día triste para Cádiz. Día

en que el abatimiento y el dolor se posesionaron de los corazones de los gaditanos. Una casa de crédito había quebrado.

Torrentes de lágrimas derramaron muchos ojos; familias enteras quedaron sumidas en la miseria. Perdidos sus cortos haberes, no les restaba ya más que implorar la clemencia pública.

Una de estas familias fué la de que vamos hablando.

Solas en el mundo aquella triste anciana, ciega y sin poderse valer, y aquella delicada y tierna niña, ¿cuál había de ser la suerte que les aguardaba?

Creyeron que todavía habría algún arreglo en la quiebra; confiaron en que acaso no estaría todo perdido. Pero ¡ay! la triste realidad las convenció bien pronto de que su perdición era segura.

En tan críticas circunstancias, y sin contar con los parientes, que también eran pobres, la infeliz niña se vió obligada á ir vendiendo y empeñando poco á poco los muebles y la ropa.

Pero los cortos recursos se agotaron bien pronto.

Entonces la infeliz Pura buscó una tienda donde la dieran ropa que hacer.

Aquella dulce niña, encanto y delicia de su madre, y criada con toda la delicadeza de hija única, llena de amor á su madre y con la resignación que el cielo presta en las grandes desgracias, empezó á trabajar día y noche para buscar un pedazo de pan que ofrecer á su madre.

Pero ¡ay, es tan mal retribuido el trabajo de aguja á la pobre mujer! ¡Horas y horas cosiendo camisas que suelen llamar de ancheta, y que pagan á dos reales! ¿Y qué son cuatro reales, producto

de aquellas prendas, para pagar casa, comer y vestir, en una ciudad como Cádiz, en que todo es excesivamente caro?

Y ya no era solo durante el día, sino que hasta largas horas de la noche se veía á aquella pobrecita niña cosiendo sin levantar mano para poder ganar algo más de los miserables cuatro reales.

—Infeliz hija mía,—decía la anciana,—no cosas ya más: descansa, mira que vas á ponerte mala.

—Pero si ya estoy acabando.

Y continuaba su obra. Cuando soltaba la aguja, la desgraciada no podía más.

Y sin embargo de la penuria de aquellos seres, ni una queja salía de sus labios. Creían en Dios, sabían llenar el precepto que nos impuso de perdonar al enemigo; y allá, en el fondo de su alma, olvidaban el mal que los hombres del mundo les habían hecho despojándoles de lo que constituía su fortuna.

Y cuando á la noche se recogía Pura, el Ángel de la Guarda velaba su inocente y plácido sueño, espejo purísimo en que se reflejaba la paz y tranquilidad de su alma.

El cielo miraba su candor y se sonreía dulcemente.

¿Y cómo no, si un corazón puro y un alma virgen valen más, incomparablemente más, que todos los tesoros de la tierra?

¡La gracia, don inestimable, destello de la misma Divinidad!

(Continuará.)

